

Aun en su más profunda decadencia, no han cesado de ser instrumento de las miras y de las gracias particulares de Dios. En medio de su endurecimiento, continúan todavía llenando su misión, según los designios de Dios, como testigos vivientes de sus promesas y predicadores de sus planes llenos de justicia y de misericordia. <sup>(1)</sup> Por su terquedad y su incredulidad, se han hecho indignos de la salvación de que eran mensajeros. Pero Dios ha convertido su ceguera en ventaja nuestra. Si se han separado del árbol de la vida, la misericordia divina ha plantado ramas, hasta entonces salvajes, en lugar de las que han sido arrancadas.

De este modo llegó la salvación á los paganos. Éstos se han aprovechado de lo que había sido preparado á los judíos antes que á ellos y de lo que debía únicamente ser su herencia después de ellos. Pero un día—por lo menos esta es la opinión general de los cristianos—caerá también el velo que cubre sus ojos, y la gracia ablandará su corazón; <sup>(2)</sup> y entonces los tiempos alcanzarán rápidamente su fin, porque los designios de la misericordia de Dios habrán vencido los últimos y mayores obstáculos. Pero hasta que llegue este momento, los mismos cristianos tienen que cumplir un deber muy grande y serio. No olvidemos que debemos á ellos cuanto tenemos y somos. Por ellos hemos llegado á la luz. Por nosotros deben ellos ser iluminados, á fin de que todos juntos marchemos muy pronto por la misma vía.

(1) Rom., XI, 12, 15 y sig.

(2) Rom., XI, 12, 23. Os., III, 4. Jerem., XXX, 9. Ezech., XXXIV, 23. Mal., IV, 6. Marc., IX, 11. Hieronym., *In Mal.*, IV, 6. Agustín., *Civ. Dei*, XVIII, 28; XX, 29. Gregor. Magn., *Moral.*, XI, 24. *In Ezech. hom.*, 1, 12, 6. Malvenda, *De Antichristo*, 1, 11, c. 13-17. Cornel. a Lap., *In Rom.*, XI, 24. Mal., IV, 6. Apoc., VII, 1. Estius, *In Rom.*, XI, 26. Agelius, *In Ps. LXXXIV*, 1. Sylvius *Supplem.*, q. 73, a. 1, q. 4. Bergier, *Dict. d. Théolog.*, 1844, II, 464 y sig. Justinian., *In Rom.*, XI, 24, 2.

## SEGUNDA PARTE

### EL CRISTIANISMO BASE DE LA VIDA REAL

#### CONFERENCIA III

##### NUESTRO DIOS

1. **Influencia de la idea de Dios en la civilización de la humanidad.**—«Sólo Dios basta»,—dice uno de nuestros ingeniosos proverbios antiguos.—Cuando conozco las relaciones de alguno con Dios, lo conozco por completo; sé lo que piensa, lo que quiere y cuál es su valor—y esto basta.—Mil cerrojos no ponen en seguridad la mansión en que Dios no habita. Cuando Dios está en el buque, las mismas tempestades lo conducen á puerto. Lo que empieza en nombre de Dios, en nombre de Dios acaba.

Jamás una época quebrantará estos principios eternos, resultado de la experiencia de los siglos. Todos los esfuerzos serios que sirven á un fin duradero, deben partir de Dios y terminar en Dios. Los que siguen otra vía, están perdidos. Todo lo que el hombre adquiere y edifica, se convierte, como el humo, en juguete del viento, si no ha tomado á Dios por base. La fe y la vida, el pensamiento y la oración, las investigaciones y los sacrificios, sólo tienen importancia, si en ellos se contiene á Dios. El trabajo, las adquisiciones, la familia, el Estado, la sociedad, el arte, la ciencia, sólo tienen una sola escala común, una sola ley común, una sola protección común: Dios.

Para juzgar el grado de civilización de un hombre, de una sociedad, de una época, basta saber cuáles son sus ideas sobre Dios y sus relaciones con él. Ciertamente, los his-

toridores de la civilización pueden apreciar los progresos ó la decadencia de los pueblos por el lujo, la introducción de plantas nuevas ó de máquinas, la aplicación del vapor, la invención de nuevos medios de defensa ó los descubrimientos de la ciencia; en todo caso, no pueden negar que, con todo esto, no se ha hecho desaparecer la miseria intelectual y el relajamiento moral de la humanidad. ¿Qué es, pues, una civilización que no remedia todo esto, sino un brillante barníz? De aquí que estos sabios, que creen haberlo hecho todo cuando consideran la situación religiosa de una época como cosa accesoria, ó como resultado de la civilización, no tributen más honor á Dios que á su profesión. En el conocimiento y en el culto de Dios debemos ver, no el resultado, sino la causa, no una parte aislada, sino el conjunto de lo que abarca la verdadera civilización de la humanidad. De aquéllos es de donde el pensamiento saca la materia de sus reflexiones y su dirección; en ellos convergen la vida de los individuos y la de la totalidad; por ellos se reglamenta todo lo que se entiende por formación, educación, ciencia, arte y relaciones de los hombres entre sí; de ellos depende la situación de la sociedad y de los Estados, así como las empresas políticas y las relaciones universales. En esta vasta tierra, no hay esfuerzo alguno, pequeño ó grande, público ú oculto, al que no se aplique la antigua sentencia: «Antes de que busques á Dios, debe haberte encontrado Dios». Para el mendigo como para el príncipe, para la familia como para el Estado, para la escuela como para el ejército, para el claustro como para el mundo, para todos, en todas partes y siempre, no hay más que una sola condición de prosperidad: Comenzar por Dios y acabar por Dios. Todo con Dios, todo para Dios, todo á Dios.

**2. Cuánto conviene tener un exacto conocimiento de Dios: el conocimiento de Dios es el termómetro de toda civilización.**—¡Gracias sean dadas á la Divina Providencia por haber impedido que su obra predilecta, el hombre, olvidase nunca por completo estos principios! No

hay pueblo alguno, por bárbaro que sea, que de ellos no haya conservado algunos restos; no hay hombre alguno, por alejado que esté de Dios, que no encuentre en el fondo de su corazón al mismo que ha ofendido con sus actos y del que ha renegado con palabras. Mientras el hombre no se despoje de su honor y de su razón, que le elevan sobre el animal, no perderá jamás por completo la fe en Dios y en la Providencia Divina.

Pero, por consecuencia de una permisión divina, que parece más que suficiente para abatir nuestro orgullo hasta el polvo, la humanidad ha desfigurado, hasta el punto de hacerla incognoscible, esta fe que las mismas piedras predicán. Desgraciadamente, no tenemos necesidad de ir á buscar muy lejos las pruebas de que toda civilización que descansa únicamente en el hombre no se desenvuelve sin turbulencias, y que el hombre, profundamente quebrantado en su interior, se convierte en causa de ruina para los otros allí donde pone la mano. Pero si alguien tuviese dudas sobre esto, el recuerdo de lo que el hombre ha hecho de la fe, fe que encuentra en todas partes como punto de partida y resorte de todas sus acciones, debería convencerle de ello. Sólo quien no haya lanzado jamás una mirada sobre sí, ó sobre el mundo que le rodea y sobre la historia, puede permanecer indiferente ante la manera como un pueblo se representa á su Dios, ó considera como legítima la fe de otro, aunque él viva según su convicción.

Si uno quiere apreciar cuánto importa tener ideas religiosas exactas, y qué consecuencias funestas entraña un apartamiento de la verdad, no sólo para la vida moral del individuo, sino también para las relaciones públicas y comunes de los hombres entre sí, preciso es estudiar, no, como alguien pudiera creer, la historia de la civilización de algunos pueblos sumidos en profunda decadencia, sino la historia de la civilización de los pueblos mejor dotados y más cultos. Parece que la Providencia Divina, por un lado, los ha elevado con particular cuidado á las alturas de una civili-

zación exterior, y, por otro, los ha abandonado en los abismos de una corrupción interior, cuya causa son ellos mismos, á fin de que todo el que tenga ojos vea con mayor facilidad, por este contraste, á dónde conduce la primera de todas las mentiras, la mentira que se refiere á Dios, y cómo el alejamiento de la verdad primera es el alejamiento de la única verdad, el abandono de la verdadera religión, la recusación de la verdadera humanidad. <sup>(1)</sup>

Para formarnos una idea clara de esto, lancemos una mirada al pueblo griego, no sobre los griegos degenerados que vivieron en tiempo de los sucesores de Alejandro, sino sobre los célebres griegos que siguieron inmediatamente á las guerras médicas. ¿Qué nación de la tierra ha igualado nunca á este pequeño pueblo en las artes, en la elocuencia, en la poesía, en la filosofía? ¿Sería posible pensar en una civilización completa sin verdadera religión y sin moral? ¿Qué podría disputarle la historia universal? Pues bien, esta civilización brillante estaba roída por un abominable gusano que, en su interior, la hacía tan horrorosa como subyugadora á lo exterior. No sabe uno si compararla á una manzana corroída, á una manzana de Sodoma, ó á una manzana delicada. Quizás valdría más decir que era todo esto. Con sus dioses corrompidos, carnales, perversos, la religión griega puede ejercer cierto atractivo sobre gentes ligeras, sobre hombres olvidadizos del gran deber de la expiación y de la penitencia; pero, si un corazón puro quisiese formarse según ella, ¿en qué se convertiría, sino en lo que fué el pueblo griego? ¡Triste prueba de que el refinamiento se alía perfectamente con una profunda corrupción! Asómbranse muchos de que la humanidad griega y la romana, tan festejadas, puedan unir en sí tanto esplendor, tanta hipocresía, tanta audacia, tanto egoísmo, tanta dureza. Pero las gentes de baja condición ¿qué otra cosa podían aprender de sus dioses y de sus divinidades, las cuales, en medio de sus francachelas, de sus juegos, de sus placeres, no tenían tiempo de in-

(1) Lactanc., IV, 1.

quietarse de la miseria humana, <sup>(1)</sup> sino que, antes bien, pasaban el tiempo jugando con los hombres que sufrían como con bolos? <sup>(2)</sup> Placer, vanidad, amor propio, horror al trabajo; he aquí todo lo que podía aprenderse, y todo lo que se aprendía en realidad, en aquellas religiones. ¿Es posible, pues, afirmar que nada importan las ideas religiosas?

Otros hay que apenas comprenden cómo los pueblos más civilizados de la antigüedad clásica carecían del menor sentimiento católico, cómo podían hallarse huérfanos del pensamiento de unidad de los hombres y de los pueblos, y con mayor razón aún, del pensamiento de unidad de la humanidad. Incomprensible, en efecto, sería esto, si su religión, producto de la voluntad personal y del amor propio elevados á sus últimos límites, hubiese descubierto ó dejado la menor traza de ello. Para los antiguos, sus ideas religiosas eran un velo que los separaba de los otros pueblos, porque no practicaban su religión como una obligación general que incumbe á los hombres, sino como un derecho privado y como una cosa arbitraria. No tributaban culto más que al Dios privado, por quien sentían cierta inclinación, y cuyos favores esperaban única y exclusivamente para ellos; no permitían el uso de su religión, como una gracia, más que á sus parientes y subordinados.

No se hizo esperar el castigo. Á esta culpable estrechez de corazón, sucedió una estrechez de espíritu increíble. Cada ciudad tenía su religión particular. <sup>(3)</sup> Su horizonte intelectual y moral cerrábase en el punto en que terminaban los muros ó los pastos. Cuando una estatua indecente, un trozo de madera, un cuadro pendiente de un árbol ó de un muro, les recordaban sus divinidades, pensaban en ellas; algo más lejos, las olvidaban por completo. Para que nadie las robase ó sustrajese—porque todo esto solía ha-

(1) *Anthologia Palatina*, 1 30

(2) Plautus, *Captivi*, prolog., 22.

(3) Cicero, *Pro Flacco*, 28.

cerse por egoísmo, <sup>(1)</sup>—las ataban sólidamente, <sup>(2)</sup> ligándolas aun á los muros, con cadenas que había en los templos. <sup>(3)</sup> Bajo la influencia de semejantes ideas religiosas, el pensamiento y la vida debieron necesariamente caer en una estrechez ó particularismo, ó, para servirnos de palabras algo crudas, en un espíritu tal de mercantilismo, que las divisiones religiosas de nuestra pobre patria alemana no se le parecen ni de lejos. Cuando uno mide la divinidad y su influencia por kilómetros, y aun por metros, no es posible hablar ni de cohesión entre los hombres ni de humanidad.

La idea de que no hay más que un solo cielo para los persas y para los escitas, era tan alta para los griegos, que ni siquiera intentaban elevarse hasta ella. Todo lo que estaba fuera de su territorio era para ellos dioses extranjeros, hombres extranjeros, ó mejor, estos últimos no eran hombres, sino bárbaros, enemigos natos. Éstos carecían de todo derecho, de toda obligación con relación á ellos. Lucha, guerra sin cuartel, era lo único que podían esperar los unos de los otros. <sup>(4)</sup> Así se explican todas las observaciones que hacemos sobre las relaciones políticas y sociales de los pueblos antiguos. Al principio, son pequeños Estados, en los cuales prevalecen los intereses de campanario; al fin, son Estados de pillos ó de bandidos.

Tal es la marcha de la historia antigua, el resultado necesario de la concepción religiosa de la antigüedad, ese modelo de religión estrecha y mezquina.

**3. Estado en que se hallaba el conocimiento de Dios al final del mundo antiguo.**—Á menudo hemos reconocido que los tiempos primitivos de la antigüedad contenían mucho de bueno; no negamos que Dios se haya reservado adoradores en todas las épocas, aun entre los pa-

(1) Evocatio deorum, Macrob., *Sat.*, 3, 9.

(2) Polemo, *Frag.*, 90 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 146).

(3) Herodot., 1, 26, 2.

(4) Plato, *Rep.*, 5, p. 470, c. Livius, 31, 29: Cum alienigenis, cum barbaris æternum omnibus Græcis bellum est, eritque. Natura enim, quæ perpetua est, non mutabilibus in diem causis, hostes sunt.

ganos; sin embargo, preciso es decir, si queremos formular un juicio completo sobre el mundo que precedió al Cristianismo, que cuanto más avanzan los siglos, más se aleja de Dios, más vacío está de Dios, más impío es. Así se explica también cómo toda civilización intelectual y moral, que en todas partes y siempre ocupa el mismo lugar que la religión, disminuyó en el mismo grado. Cuando el Cristianismo apareció en el mundo, éste, tomado en general, carecía de fe, de religión, y, por consiguiente, de verdadera civilización, no obstante los refinamientos exteriores que poseían.

La Sagrada Escritura llama *tinieblas y sombras de la muerte* á la situación en que el mundo se encontraba entonces. <sup>(1)</sup> Las sentencias de los escritores paganos, las cuales á menudo concuerdan con ella por modo sorprendente, nos muestran que tenían razón: «Nada hay más oscuro para los hombres que la religión»—dice Plinio.—<sup>(2)</sup> Sin duda, en aquella época servíanse éstos de las palabras huecas del poeta: «Todo está lleno de Dios, la plaza pública, el mar y los puertos»; <sup>(3)</sup> pero ¿qué beneficios sacaban ellos de ese Dios panteísta, el único en el cual pensaban entonces? <sup>(4)</sup> El gusano y el polvo que pisoteaban estaban también llenos de aquel Dios. Ese Dios era muy conveniente para ponerse una venda en los ojos y para cegar su corazón, pero no podía satisfacerlos. No, ya no conocían á Dios. <sup>(5)</sup> Se habían separado de él, y él también, en aquel momento, se había separado de ellos, después de haberles tendido largo tiempo los brazos. <sup>(6)</sup> Buscábanle ellos, porque sin él no podían vivir, como ningún hombre ha podido jamás hacerlo; pero no lo encontraban en parte alguna, porque no estaba donde le buscaban, y no querían buscarle donde se encontraba. ¡Qué penosa impresión produce la

(1) Is., XLII, 7. Matth., 16. Luc., I, 79.

(2) Plinius, *Hist. nat.*, 30, 1, 2.

(3) Aratus, *Phænom.*, 2 y sig.

(4) Zeller, *Philosophie der Griechen*, (3) III, 1, 146 y sig.

(5) Séneca, *Ep.* 31, 10. Clemens Alex., *Strom.*, 6, 17, 149.

(6) Is., LXV, 2. Rom., X, 21.

lectura de la siguiente inscripción con que los mejores hombres de su tiempo, los adalides de la civilización en Atenas, en Olimpia, en Roma, en España, en Egipto, en Méjico, confesaban en los mismos términos la profundidad de su miseria, como si hubiese sido una cosa convenida entre todos: «Al Dios no conocido». <sup>(1)</sup> «Con esto creemos saberlo todo;—dicen—pero lo que nos enseña á conocerlo todo, el conocimiento por medio del cual todo lo conocemos, y sin el cual nada sabemos, la única cosa digna de nuestro conocimiento, nos es desconocida».

**4. La idea de Dios en el Judaísmo, opuesta á la idea de Dios en la antigüedad.**—¡Cuán incomparablemente más elevada que esta pobreza es la antigua religión judía, tan á menudo juzgada con desdén! «La tierra y todo lo que contiene,—dice ésta—el universo y todos los seres que la habitan, pertenecen al Señor». <sup>(2)</sup> «Señor, Dios de las virtudes, ¿quién es semejante á ti? Tú reinas sobre las olas poderosas del mar; los cielos y la tierra te pertenecen». <sup>(3)</sup> «¿Dónde podría ocultarme á tu espíritu y evitar tu poder? Si me remonto hacia el cielo, allí te encuentro; si desciendo al infierno, también te encuentro allí. Si, al despertar la aurora, emprendo mi vuelo para huir á las extremidades de la tierra, es tu mano la que me conduce allá, la que allá me fija». <sup>(4)</sup> «Dios de los ejércitos, Dios de Israel, cuyo trono está más alto que los querubines, tú eres el único Dios de todos los reinos de la tierra». <sup>(5)</sup> «Ningún Dios es semejante á ti, ni fuera de ti hay Dios». <sup>(6)</sup> «Nadie es santo como el Señor, nadie es fuerte como nuestro Dios, fuera del cual, no hay otro Dios». <sup>(7)</sup>

Imposible es que la fe en semejante Dios carezca de fuerza ennoblecedora desde el punto de vista moral. «Dios

- (1) Act. Ap., XVII, 23.
- (2) Psalm., XXIII, 1.
- (3) Psalm., LXXXVIII, 9 y sig.
- (4) Psalm., CXXXVIII, 7 y sig.
- (5) Is., XXXVII, 16.
- (6) 2 Reg., VII, 22.
- (7) 1 Reg., II, 2.

te ha escogido entre todos los pueblos,—dice el Legislador del pueblo judío—para que seas su propiedad á sus ojos». <sup>(1)</sup> «Pero servir únicamente á Dios, sería poca cosa; yo te he colmado de beneficios para que seas la luz de los paganos y para que lleves esta luz hasta las extremidades de la tierra». <sup>(2)</sup> «¡Oh Israel, cuán grande es la casa de Dios y cuán inmensas sus posesiones!» <sup>(3)</sup> «Levántate, pues, conviértete en antorcha, y las naciones marcharán iluminadas por ti». <sup>(4)</sup> «Tú eres una plantación de Dios destinada á proclamar su gloria». <sup>(5)</sup> «Hijos de Israel, alabad al Señor en presencia de las naciones; él os ha dispersado entre las que lo ignoran para que cantéis sus maravillas y les hagáis saber que, fuera de Él, no hay otro Dios Todopoderoso». <sup>(6)</sup> «No profanéis, pues, el Santo nombre de Dios; <sup>(7)</sup> antes al contrario, sed santos, porque el Señor nuestro Dios es Santo». <sup>(8)</sup>

En estos principios, tan fáciles para nosotros los cristianos, tanto que apenas si nos fijamos en ellos, se encuentran expresadas cuatro ideas de una profundidad y una amplitud inmensas; ideas que por sí solas hubieran bastado á imprimir una nueva dirección á las ideas y á los esfuerzos de la humanidad. Un Dios viviente, personal, al que el hombre no ha podido representarse por sus propias ideas, un Dios, á quien debe someterse con toda su inteligencia, un Dios santo, el cual, no sólo no sufre por la injusticia ajena, <sup>(9)</sup> sino que ve las intenciones, <sup>(10)</sup> y sondea las entrañas y los corazones, <sup>(11)</sup> un Dios único, que no conoce límites en las ciudades, en los pueblos y en las naciones,

- (1) Levit., XIX, 2. Deuter., VII, 6; XIV, 2; XXVI, 18.
- (2) Is., XLIX, 6; XLII, 6.
- (3) Bar., III, 24.
- (4) Is., LX, 1, 3.
- (5) Is., LXI, 3.
- (6) Tob., XIII, 4.
- (7) Levit., XXII, 32.
- (8) Levit., XI, 44; XIX, 2; XXI, 6. Núm., XV, 40. Levit., VII, 6.
- (9) Psalm., V, 5.
- (10) Jerem., V, 9.
- (11) Jerem., XI, 20; XVII, 10; XX, 12.